

¿Valoramos la LIJ en la escuela?

por Kepa Osoro Iturbe*

Kepa Osoro intervino en una mesa redonda en el que la cuestión a debate fue: «¿Valoramos la literatura infantil?». Desde su condición de profesor y de especialista en animación a la lectura, Osoro hizo una serie de reflexiones en torno a la consideración que tiene, el papel que desempeña la LIJ en el proceso educativo, que se recogen en este artículo. Y, aunque la respuesta a la pregunta que reza el titular es sí, el articulista la matiza, en el sentido de que la presencia de la LIJ en la enseñanza no está aún normalizada, y que su introducción en las aulas depende todavía de la iniciativa y el interés de algunos entusiastas profesores.



ANA PEYRÍ

El pasado 22 de abril, con ocasión del Día Mundial del Libro, la Asociación de Editores de Madrid organizó dentro de los actos celebrados en el Círculo de Bellas Artes para conmemorar dicho evento una mesa redonda titulada «¿Valoramos la literatura infantil?», en la que intervinieron Felicidad Orquín (editora), Alberto Urdiales (ilustrador), Fernando Valverde (librero), Miguel Ángel Pacheco (escritor), M^a Antonia Carrato (bibliotecaria) y Kepa Osoro (profesor). Se trataba de ofrecer una respuesta múltiple a la pregunta que daba pie al debate desde el amplio abanico de perspectivas profesionales que están relacionadas con la literatura infantil y juvenil. Recojo aquí mi intervención planteada desde mi doble perspectiva de profesor y de miembro de la Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil y algunas reflexiones complementarias.

Comenzaré diciendo que en esta mesa redonda observé dos ausencias significativas, dos personajes que desempeñan un papel protagonista en el acto lector: la Administración Educativa y Cultural (que es la que debería, en último caso, hacer posibles muchas de las reivindicaciones o sugerencias que surgieron del debate) y, sobre todo (¡válgame Dios, cómo siempre!), ¡nos olvidamos del lector infantil o juvenil! Por él, para él y gracias a su existencia y su actitud hacia la literatura infantil y juvenil tienen sentido los distintos discursos que se pronunciaron en esa mesa redonda. Hablar de LIJ y no contar con la voz del usuario es como pretender contemplar la Luna con los ojos cerrados.

¿Por qué edulcorar la lectura?

¿Se valora la LIJ desde la escuela? Sí, pero... ¡del dicho al hecho va un camino infinito y maltrecho! Algo está fallando cuando seguimos empeñados en edulcorar tanto la lectura, cuando nos emperramos en vender a los chavales la moto de que «leer os hará más libres, os hará soñar», o aquel otro eslogan trasnochado que rezaba que «con la lectura vivirás tu gran aventura». ¡Qué demonios! ¡Dejémosnos de milongas! Si la lectura es un placer, ¿por qué tenemos que animar a

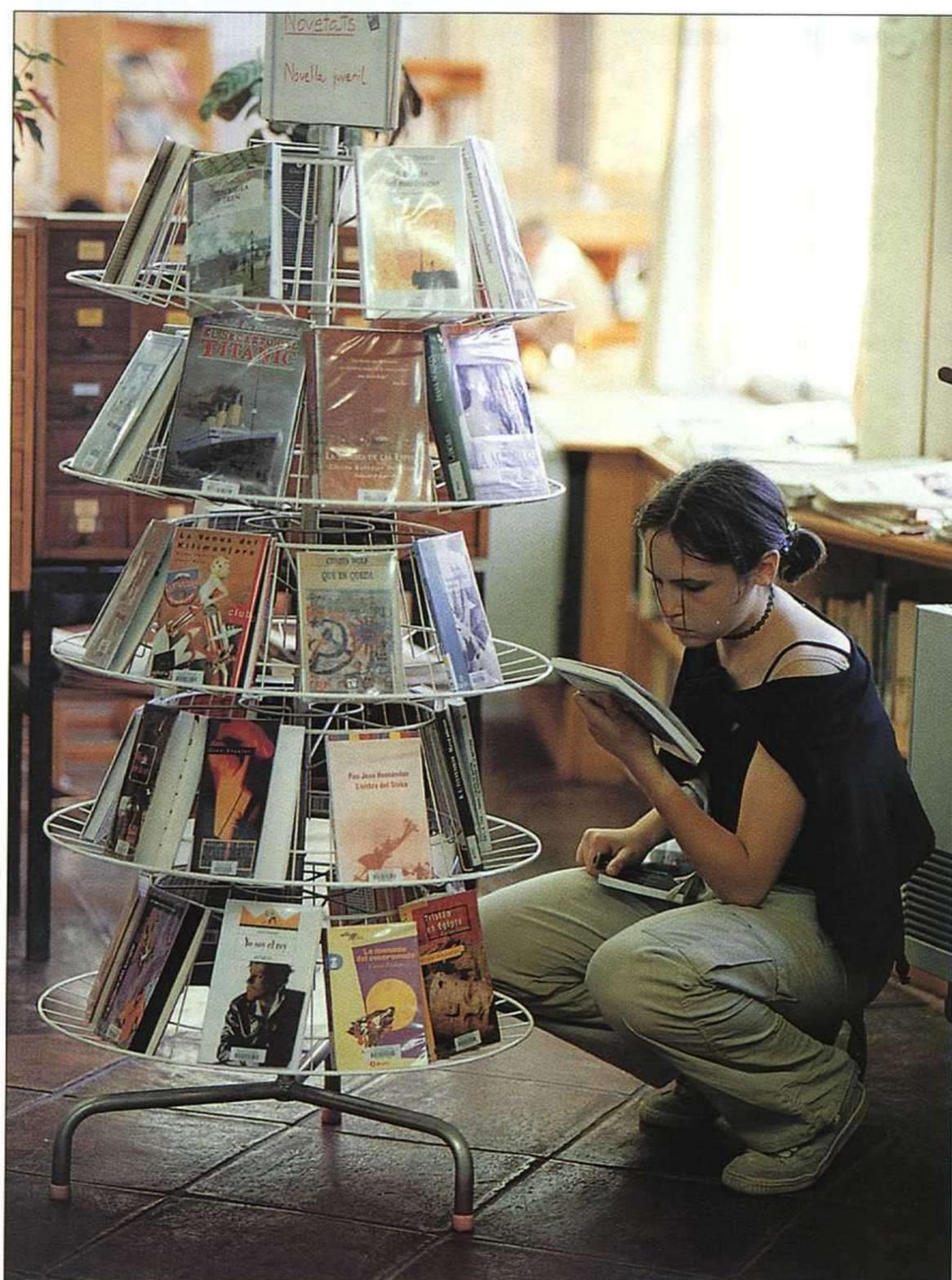


ANA PEYRÉ.

nadie a disfrutarlo?, ¿por qué tenemos que organizar todas esas movidas para que los chavales piquen y lean? Un amanecer, una melodía, la charla de un amigo, una mirada sensual, un beso, un sueño mágico... ¡eso sí son auténticos placeres! ¿Alguien tiene que ser animado a disfrutarlos? Y, díganme, ustedes, sesudos maestros y profesores, adultos todos, ¿por qué si es fantástico, liberador y libidinoso leer, no tenemos nunca la *debilidad* de caer en este vicio intelectual delante de nuestros sufridos

alumnos? Esa y todas nuestras hipocresías e incoherencias son las que alejan (entre otras razones) a nuestros estudiantes de la lectura. Y si a eso añadimos nuestros errores didácticos, la experiencia negativa, formalista, rutinaria e impositiva en temas de lectura que les hacemos sufrir en nuestra labor docente diaria, ¿cómo nos pueden extrañar las encuestas catastrofistas que anuncian que los niños y jóvenes españoles cada vez leen menos?

Estrujamos las neuronas creativas de



ANA PEYRI

nuestro cerebro para diseñar actividades divertidas y jacarandas, para vivificar los textos, para animar a leer. Con ello demostramos que estamos desconfiando de la fuerza persuasiva y sugerente de la palabra. Por contra, debemos buscar una clase de Literatura que fomente la creatividad de los alumnos en vez de servirnos de los efectos especiales para atraer al lector. Hagamos que éste sea creativo y que íntimamente multiplique los efectos positivos que la literatura infantil y juvenil o clásica y universal le aportan. Démosles «de leer», obsequiémosles con la musicalidad y el ritmo de la poesía; permitámosles conocer personajes cercanos y lejanos, reales y fantásticos, emotivos y fríos... con los que poder

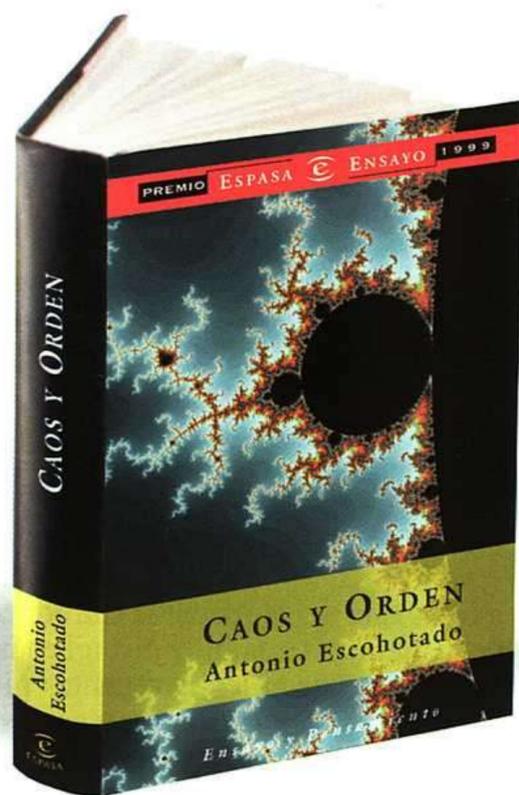
identificarse y compartir la odisea de la lectura recreativa, espontánea e íntima. Regalémosles textos dramáticos que creen en su interior verdaderas representaciones teatrales de otras vidas, otras gentes, otros modos de entender el mundo y el alma. Llenemos su ecosistema de palabras, palabras y más palabras porque será nutrirles de sentimientos, de sensaciones, de emociones que les harán descubrir el poder y la magia de la Literatura con mayúscula.

Dejar entrar la LIJ en las aulas

¿Que si valoramos la literatura infantil y juvenil en la escuela? Sinceramen-

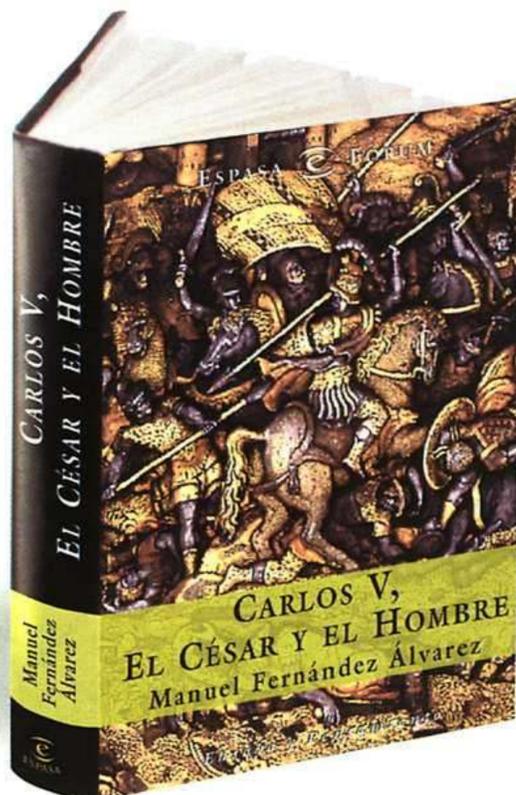
te, creo que en los comentarios de café, de cara a la comunidad educativa, en lo conceptual puede que sí (al menos, cada vez más), pero en la práctica, en nuestra didáctica, en nuestra labor docente más convencida estamos muy lejos de darle a esta literatura el valor que merece. ¿Por qué? Los motivos son múltiples y complejos y ahora tan sólo los esbozaremos. Por un lado, en la formación de los profesores en ejercicio no ha existido nunca la más mínima referencia a la LIJ. Esta tendencia parece que está comenzando a cambiar en algunas Escuelas de Formación del Profesorado que ya incluyen asignaturas tales como Literatura Infantil y Juvenil o Animación a la Lectura. Pero esto no significa que las nuevas generaciones de maestros vayan a estar más preocupadas o interesadas por este tipo de literatura.

Por otro lado, el profesorado, en su mayoría, no ha descubierto sus posibilidades didácticas, ni su riqueza como creación y auténtico arte. Seguimos aferrados a nuestras lecturas de toda la vida porque es mucho más cómodo y porque introducir las obras, por ejemplo, de Fernando Alonso, Concha López Narváez o Joan Manuel Gisbert, supone entre otras cosas que tenemos que leerlas, analizarlas y ser capaces de dominarlas de tal modo que podamos incorporarlas a nuestra maleta de recursos y materiales didácticos. Y es que asumir la entrada de la LIJ en el currículo con la misma entidad que la Literatura de siempre supone estar dispuestos a modificar esquemas de trabajo y, principalmente, conceptuales porque, a veces, en los libros para niños y jóvenes nos encontramos con ciertos planteamientos o temáticas (realismo social: abusos sexuales, drogas, intolerancia, xenofobia...; crítica a los estamentos religiosos o políticos...) que hieren nuestra manera de pensar y pueden colocarnos en serios aprietos de cara a nuestros alumnos. En fin, que ya va siendo hora de que cada uno asuma su responsabilidad y dejemos de echar balones fuera quejándonos de que «el MEC no apoya ni legisla», «la dirección del centro no permite devaneos novedosos», «nadie nos ha enseñado lo que es la LIJ»... Todo eso está muy bien, pero paralelas a nuestras reivindicaciones sindicales, políticas o



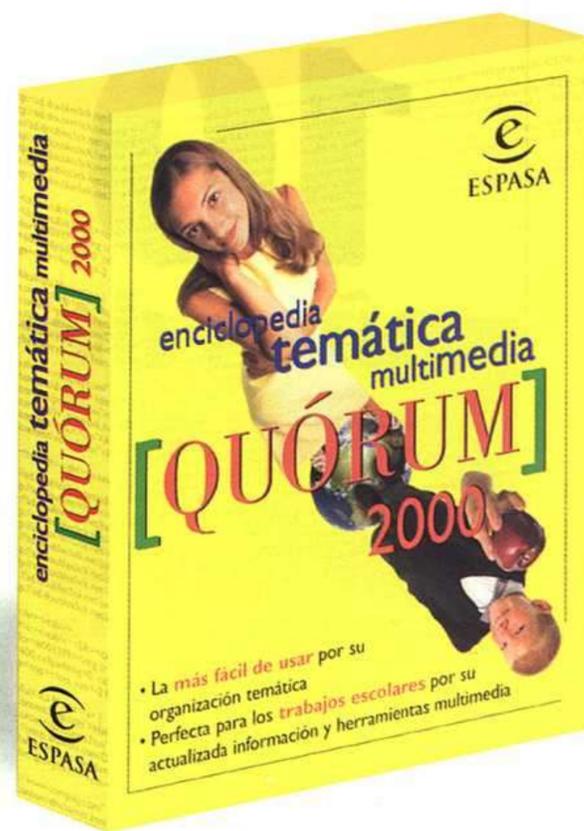
Premio Espasa de Ensayo
1999

ESPASA  FÓRUM



Del mismo autor de
Felipe II y su tiempo

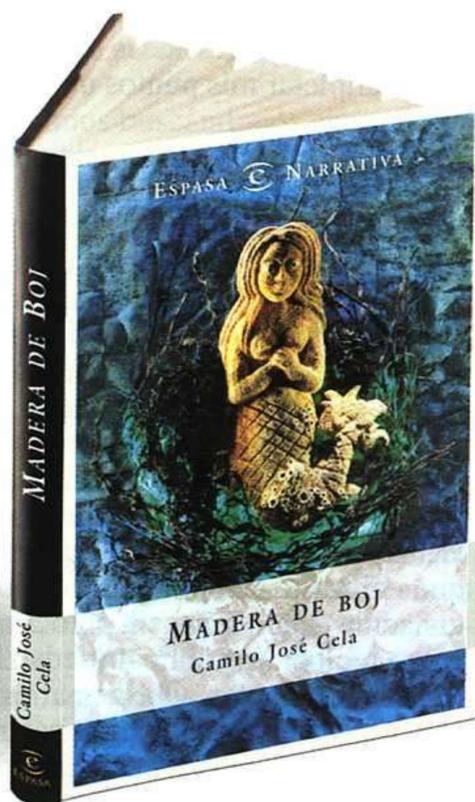
ESPASA  FÓRUM



La única enciclopedia temática
en CD-ROM

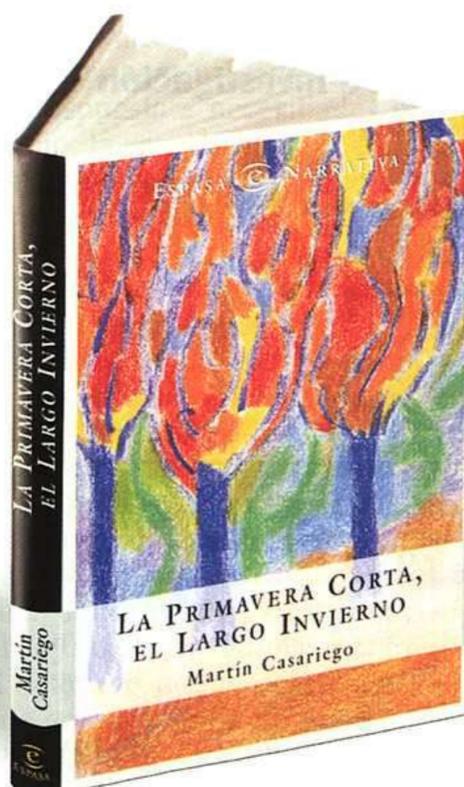
ESPASA  MULTIMEDIA

Regalos dignos de Reyes



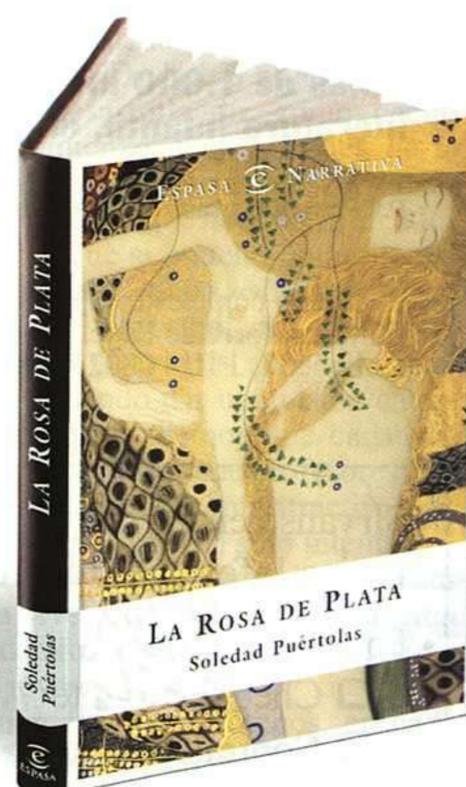
La gran novela
del próximo siglo

ESPASA  NARRATIVA



La novela que siempre quiso
escribir Martín Casariego

ESPASA  NARRATIVA



Caballeros, hadas, doncellas
en una novela fantástica

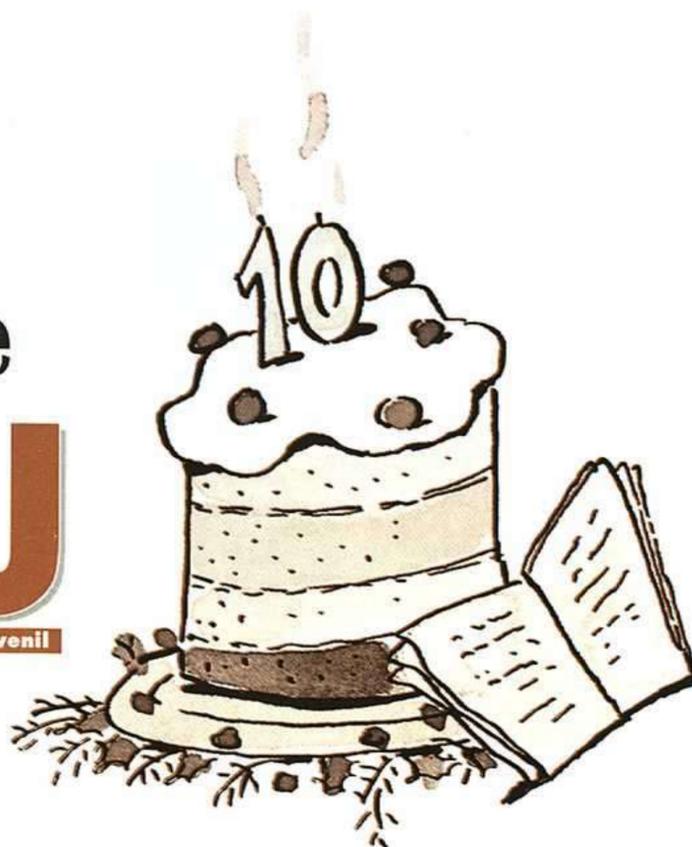
ESPASA  NARRATIVA


ESPASA



10 años de CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil



ÍNDICE INFORMATIZADO (1988-1998)

- **Versión para PC.**
- **Búsqueda por:** – Autores
– Ilustradores
– Títulos
– Materias (más de 370 descriptores)
– Epígrafes (secciones de la revista)
- **Más de 4.000 libros reseñados, clasificados por edades y materias.**
- **Más de 1.000 artículos de estudio e investigación sobre literatura infantil, el libro y la lectura.**

P.V.P.: 3.500 ptas./Precio especial para suscriptores: 3.000 ptas.

Recorte o copie este cupón y envíelo a:
Editorial Torre de Papel
Amigó, 38, 1º 1ª - 08021 Barcelona

Sírvanse enviarme:

Índice Informatizado 10 años de CLIJ unidades

Forma de pago:

- Cheque adjunto
 Contrarreembolso (más 450 ptas. de gastos de envío)

Nombre

Apellidos

Domicilio Tel.

Población C.P.

Provincia

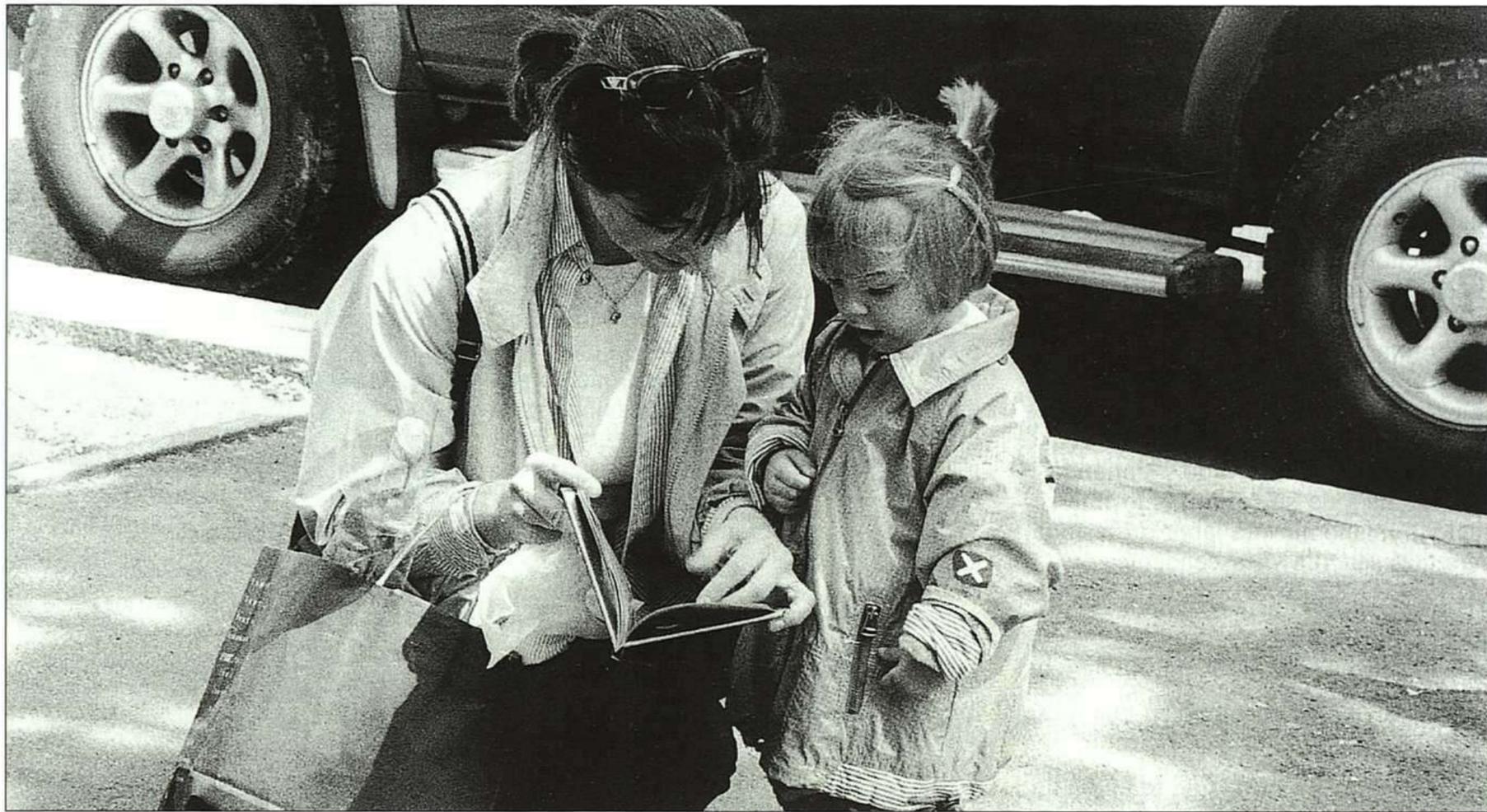
COLABORACIONES

teológicas hemos de estar dispuestos a dar un paso al frente y comprometernos a entrar en una fase de dudas, tanteos y errores que si la afrontamos con entusiasmo y rigor nos hará llevar nuestra nave a esta nueva Ítaca: la introducción de la literatura infantil y juvenil en nuestras aulas. Dicen los navegantes pioneros que ya han arribado a sus costas que entre las playas narrativas, poéticas y dramáticas de esta «nueva literatura», los estudiantes que se pierden no regresan jamás porque emprenden un viaje interior que les transforma y transporta hasta el infinito y hacia los otros. Los programas oficiales no han reservado un lugar cálido para la LIJ. Tampoco la denostan explícitamente, tan sólo la dejan entrar al banquete de la lectura escolar de refilón, de puntillas, como un convidado de piedra al que invitamos a nuestra boda por compromiso. Cuando llega a las aulas es por la pasión personal y un tanto heroica del maestro. Pero debemos ir mucho más allá. En las sucesivas intervenciones que tuve a raíz del debate que se abrió con el público asistente esboqué las siguientes ideas que creo pueden completar mis puntos de vista sobre el tema.

— ¿Han de existir lecturas prescriptivas en la escuela?

Ni sí ni no, sino todo lo contrario. Es decir, este tipo de procedimiento curricular no es en sí mismo ni bueno ni malo, depende del uso que se haga de él. Querámoslo o no, el currículo oficial obliga a realizar determinadas lecturas literarias tanto en Secundaria como en Bachillerato. Ante esta realidad caben dos posturas: unos profesores (sin duda la mayoría) se aferran al argumento de que «el MEC nos obliga» y aplica la legislación a palo seco, sin preocuparse de cómo reciben esa obligatoriedad los lectores adolescentes. Obligan al estudiante a leer determinados textos, a realizar trabajos más o menos concienzudos (pero en absoluto estimulantes) y, ¡por supuesto!, corren a evaluar lo más técnicamente posible al lector.

La otra postura es la del profesor inteligente, sensible y preocupado por «cómo aprende el que aprende», que se esfuerza en buscar estrategias lo más creativas y ricas posibles a fin de ayudar a sus alumnos a descubrir la belleza, la



ANA PEYRÍ

ternura, la pasión, la magia que esconde aquel texto literario.

— ¡Hay una producción de LIJ tan amplia que el maestro no sabe cómo seleccionar!

¡Ya estamos buscándonos excusas para no asumir compromisos ni afrontar retos! Comencemos por sentir la necesidad de trasladar la literatura infantil y juvenil a la escuela y habremos avanzado la mayor parte del camino. Después, ya sabremos buscarnos nuestros atajos, nuestras triquiñuelas para orientarnos sobre qué libros podemos acercar hasta nuestros jóvenes lectores: acudiremos a revistas especializadas (como *Peonza*, *Educación y Biblioteca* o *CLIJ*); visitaremos librerías especializadas en la lectura para los más pequeños; asistiremos a los cursos de formación del profesorado que organizan sobre estos temas CPRs, universidades y demás instituciones educativas; tendremos la humildad suficiente de pedir consejo a nuestros compañeros de escuela (¡que también tienen buenas ideas, hombre!; pedir consejo no es reconocer que somos unos pardillos, sino que estamos dispuestos a aprender para poder enseñar); llamaremos a la puerta de entidades como la Fundación Germán Sánchez Ruipérez o la Asociación de Amigos del Libro Infantil y Juvenil...

— ¿Por qué ha de estar presente la literatura infantil y juvenil en la escuela?

Conviene recordar algunas de las razones que encontró Juan Cervera¹ para que la LIJ estuviera presente en la escuela: da respuesta a necesidades íntimas del niño; la escuela ha de acercarse estrechamente a la vida y este tipo de literatura es fruto de la cultura del pueblo y por eso favorece el acercamiento; la LIJ aprovecha elementos folclóricos y acerca las tradiciones a los niños; la LIJ estimula lúdicamente al lector y por ello favorece el desarrollo del lenguaje; la LIJ despierta la afición a la lectura porque ofrece textos fascinantes, imaginativos, ricos, variados, cargados de humor y magia. Los textos escolares carecen de contenidos significativos y estimulantes; devuelve a la palabra su fuerza comunicativa y seductora (frente a la imagen y al deterioro que le ocasionan los medios de comunicación de masas), es decir, ayuda a desnudar el alma, a degustar la belleza, a paladear incluso las emociones más trágicas... en una palabra, a entender el mundo y entenderse a uno mismo.

— ¿Por qué no cuaja la LIJ en la escuela?

Ya lo hemos dicho por activa y por pasiva: porque sólo nos acordamos de ella en determinados y contados momentos a

lo largo del curso: el Día del Libro, la Semana de la Lectura, el encuentro con determinado autor y el espectáculo de un fantástico cuentacuentos. Pero, ¿y el resto del año? De la LIJ ni acordarnos, seguimos desarrollando, como decíamos al comienzo, una didáctica de la lectura rutinaria, insulsa y descorazonadora que lo único que hace concluir a los chavales es que sí, mucho numerito espectacular, pero luego «sólo nos dejan leer lo que el profe quiere y cuando el profe quiere» (David, 14 años). No estamos pretendiendo dar una visión catastrofista porque sabemos que cada vez hay un mayor número de profesores que realizan una labor docente atractiva, impactante y creativa. Tan sólo intentamos «dramatizar» las cosas para llevar al auditorio a la reflexión y la autoevaluación de la didáctica que vierte sobre nuestros niños y jóvenes.

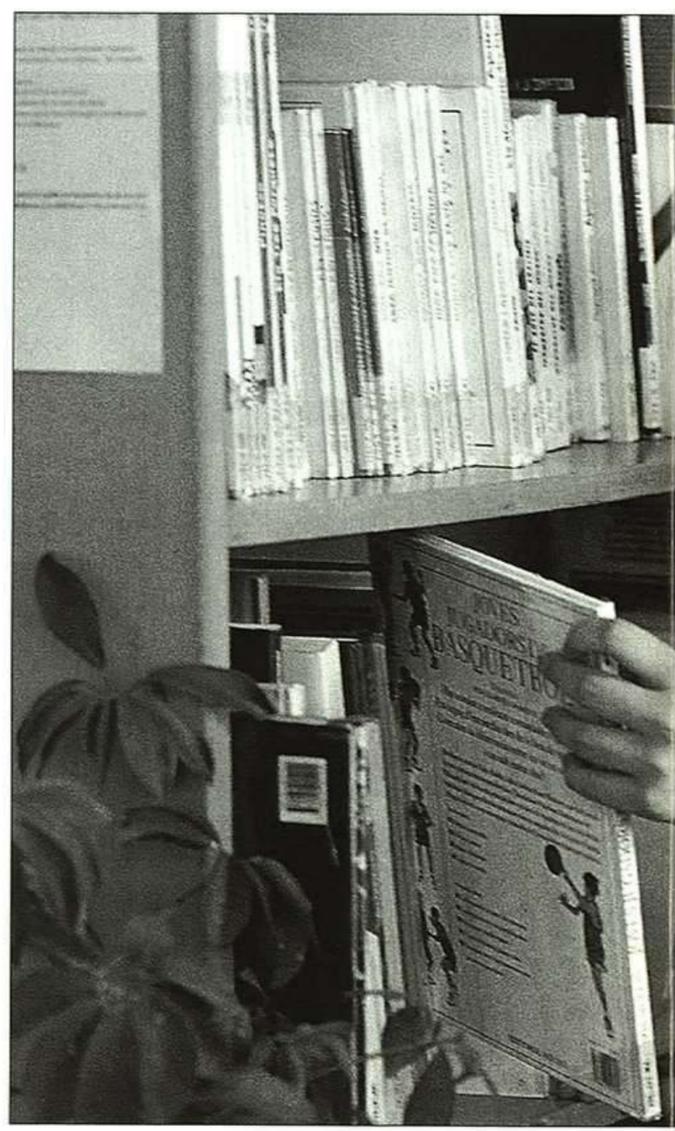
Y, quien más quien menos, en cada rincón de nuestras escuelas se van realizando nuevas y enriquecedoras actividades de animación a la lectura. Pero lo malo es que el entusiasmo y la creatividad que volcamos en este aspecto de la didáctica de la lectura desaparece por completo cuando trabajamos la lectura comprensiva, la técnica lectora, la lectura oral y expresiva, la lectura como fuente de conocimiento, la lectura reflexiva.

Ahí está la clave, que no hemos descubierto las posibilidades didácticas de llevar a cabo una puesta en escena pedagógica que rebose fantasía, espíritu crítico, divergencia, respeto de los ritmos personales de cada lector y versatilidad. Estamos demasiado agobiados por los programas, las unidades didácticas, los contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales... y no nos damos cuenta de que en la medida en que el que aprende aprenda motivado y sintiéndose protagonista de su crecimiento intelectual y humano nuestra labor profesional será más sencilla y trascendente.

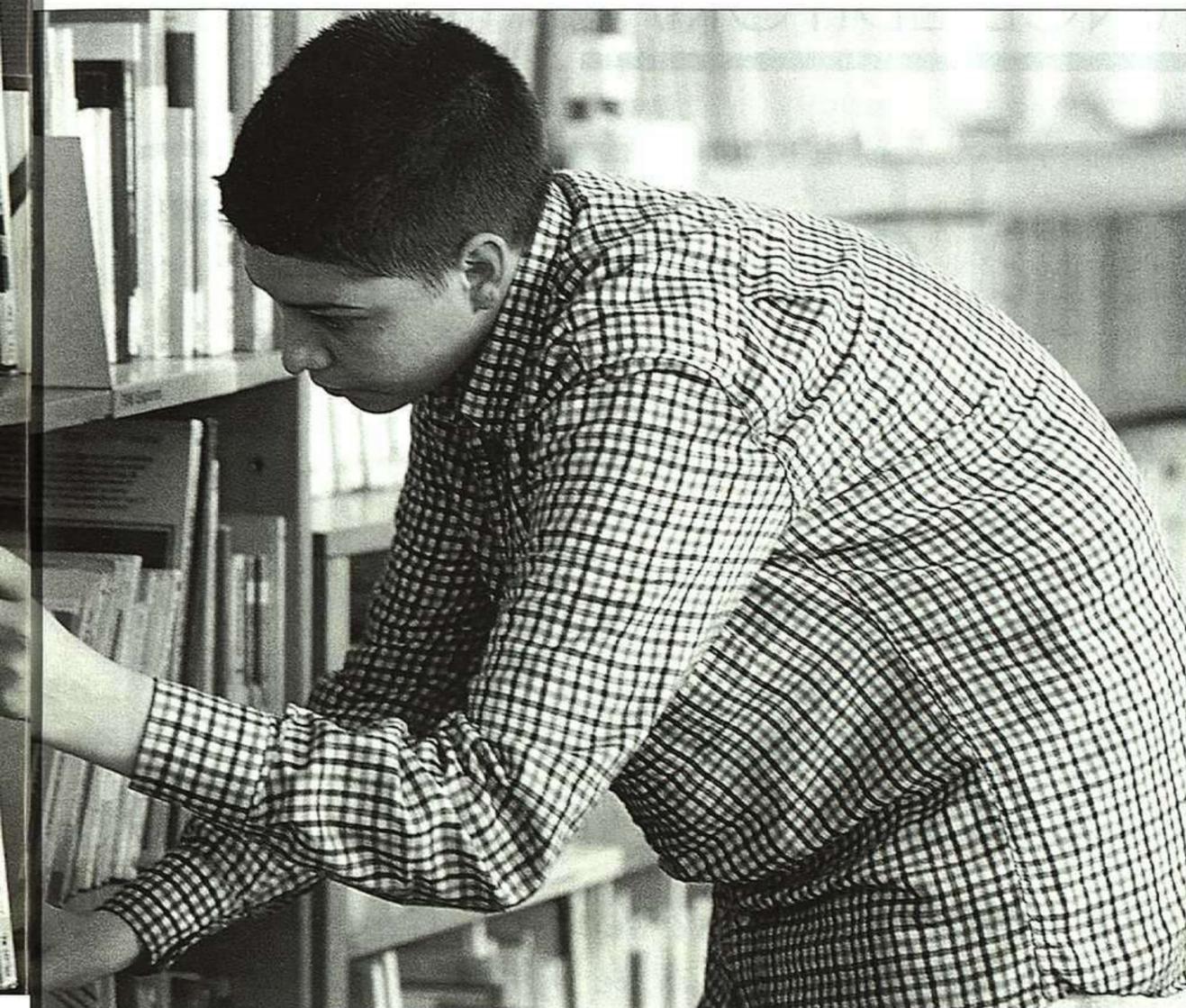
Familia y educación lectora

Recientemente participé en una mesa redonda similar a ésta y enarbolé una pancarta que decía así: «¡No hay culpables! ¡Todos responsables!» Dejemos de buscar siempre culpables a los problemas que rodean el mundo educativo. Asumamos, cada agente de la comunidad educativa, nuestra responsabilidad y busquemos vías para el encuentro, el diálogo y la construcción positiva de un universo vital positivo. Es indudable que la familia tiene un papel protagonista y privilegiado dentro de la educación lectora. Es innegable que los padres deben crear en el hogar un clima lector (leyendo ellos mismos, visitando bibliotecas y librerías, comprando libros con cierta asiduidad, narrando a sus chavales...) que contagie y enganche a los niños. Es indiscutible que en la mayoría de nuestros hogares se hace dejación de muchas de estas responsabilidades... Pero, ¿quiere eso decir que los progenitores son los culpables de que los hijos no lean? ¡En absoluto! Al menos no son los únicos actores que cometen errores de bulto en la película de la lectura: hay que reflexionar en profundidad, con serenidad, y entonces descubriremos un amplio espectro de «menciones de responsabilidad». La escuela, los medios de comunicación, los audiovisuales, las nuevas tecnologías, las políticas educativas y culturales, las peculiaridades evolutivas de cada lector... todo esto aporta su granito disruptivo que puede alejar a un niño o a un joven de la potencial maravilla de la lectura. Tal vez deberíamos empezar los

adultos a preguntarnos lo que es leer para nosotros, para nuestra vida como adultos y sobre la importancia y trascendencia que imprimen los libros en nuestro propio proceso madurativo y de crecimiento intelectual y personal. De la respuesta que encontremos en lo más profundo de nuestra conciencia, dependerá gran parte de la voluntad que pongamos en transmitir nuestra pasión lectora. Del modo en que vivamos el hecho lector dependerá el estímulo y la atracción que niños y jóvenes reciban hacia los libros. Es cierto que en el hogar, con el abrazo cálido del afecto familiar, como en ningún otro escenario, se dibuja el lector, se va haciendo paso a paso, cada día, siempre que el potencial lector se encuentre con actitudes vitales adultas que le demuestren que leer puede llegar a ser un placer, un gozo, un acto íntimo y libre y a la vez un acto de comunicación interpersonal (autor-lector y lector-entorno). Para que el chaval adquiera el hábito y desarrolle destrezas lectoras previamente habrá tenido que sentirse acariciado por la ternura de la palabra, por la pasión de la lectura que sus padres le regalan cada noche. Así aprenderá a buscarla y a la vez deseará compartirla con otros seres queridos. Si estamos convencidos de que en el hogar se hace el lector y somos capaces de promover la lectura «al amor de la lumbre» (¿o ahora deberíamos decir, más bien, «al amor de la placa solar»?), estaremos poniendo las bases para el retorno de la palabra, no sólo de la palabra literaria sino también de la palabra como transmisora de las principales emociones, de los pensamientos preclaros y de la esencia del sentimiento y la comunicación. Tanto el verbo técnico e impoluto de un ensayo, como el vocablo rebotante de ternura y musicalidad de un poema, como la palabra desgarradora o exultante, apasionada o hiriente de un texto dramático, como la voz realista, misteriosa o fantástica de una novela... en cualquier creación humana que se apoye en la comunicación oral o escrita podrán nuestros estudiantes hallar la esencia del pasado, desvelar las claves que les permitan interpretar nítidamente el presente y entrever luminosamente el futuro al tiempo que se descubren, se entienden y comienzan a paladear emocionalmente ca-



da uno de los peldaños que ascienden en su crecimiento personal. A los padres habrá que exigirles que asuman con responsabilidad y coherencia sus funciones como agentes de la educación lectora de sus hijos. Pero habremos de ser honestos y profesionales: no les encomendemos, como suele suceder con vergonzante frecuencia, tareas para las que no están cualificados y que competen sólo a la escuela (¿cuántas veces les pedimos que trabajen la lectura con sus hijos «porque leen mal, sin velocidad y sin comprender el texto»?). ¡Caray, ése es nuestro trabajo! ¡Para eso nos pagan! ¡No echemos balones fuera ni nos quitemos de encima los marrones más engorrosos! A las familias tendremos que pedirles que creen en el hogar un clima de entusiasmo y valorización del acto lector. Que aderecen los guisos lectores que regalan a sus hijos con una cucharada de ternura, cien gramos de afecto, una pizca (¡abundante, eh!) de imaginación, un manojo de fantasía y que lo espolvoreen todo con toneladas y toneladas de magia, de pasión y de frenesí. Pero, al mismo tiempo, tendremos que ofrecerles formación, asesoramiento, orientaciones para que puedan enfrentarse a los requerimientos y necesidades de sus hijos con



ANA PEYRI.

rigor, serenidad y equilibrio. Facilitemos a los padres de nuestros estudiantes artículos esclarecedores, sugirámosles determinadas lecturas de libros o revistas especializadas que puedan dar luz a su desconocimiento. Aconsejémosles actitudes, comportamientos y técnicas que puedan servirles de punto de arranque de su labor pedagógica en torno a la lectura. Insistámosles sobre todo en lo que no han de hacer, en esos pequeños vicios o incoherencias que solemos cometer los adultos casi inconscientemente y que tanto daño hacen a la visión que tienen nuestros hijos del mundo «de los mayores»: ¿por qué les comemos el coco para que lean si nunca nos ven a nosotros hacerlo?, ¿por qué les aturullamos con frases grandilocuentes sobre las maravillas de la lectura (¡leer es fantástico!, ¡leer te ayuda a ser más inteligente!, ¡leer te hace soñar!) y, como mucho, nos ven de vez en cuando enfrascados en el *Marca* o el *Diez Minutos*? Tenemos la obligación, como profesionales, de potenciar en los padres la sensibilidad hacia todo acto de comunicación basado en la palabra oral. Han de descubrir, en palabras de Juan Cervera, las infinitas posibilidades comunicativas y didácticas que tienen para ellos «todas las ma-

nifestaciones y actividades que tienen como base la palabra con finalidad artística o lúdica que interesen al niño: no sólo la narrativa, la poesía y el teatro sino también las rimas, adivinanzas, fórmulas de juego, cuentos breves y de nunca acabar, retahílas... E incluso los tebeos y aquellas manifestaciones que apoyan la palabra en la imagen, la música y el movimiento».

El placer se construye

La mayoría de los adultos parecen haber olvidado las sensaciones entre estremecedoras y libidinosas, entre delicadas y mágicas, que les sobrecogían cuando, de pequeños, asistían, embelesados, a las sesiones de narración oral que se producían en la mayoría de los hogares, cuando los abuelos regalaban a los pequeños sus historias, tradicionales o inventadas, para llenar el vacío del ocio sin televisión y para embadurnar de amor nuestra infancia. ¿Por qué hemos olvidado la alegría que nos producían los cuentos mínimos, las historias disparatadas que nos hacían soñar cada noche con unicornios, elfos, tragos y brujas? ¿Por qué nuestra memoria flaquea cuan-

do regresamos a nuestro pasado mental en busca de referentes personales y nos olvidamos de los lujuriosos y a la vez aterradoras escalofríos que nos estremecían cuando de la boca de la tía brotaban historias de terror, de seres fantasmagóricos y esperpénticos?

Creemos con Victoria Sotomayor que «sólo con el contacto con el arte de la palabra hecho obra literaria, oral o escrita, los niños pueden desarrollar su capacidad para apreciarlo, disfrutarlo y vivirlo». Teresa Colomer comentaba el pasado verano en El Escorial que «el placer se construye y hay que proporcionar a los niños los medios para que puedan construirlo». A nuestro juicio, ¡es tan sencillo contagiar la pasión por los libros si lo hacemos desde el sentimiento, desde las emociones más íntimas, desde el calor sencillo y sensual de quien quiere regalar lo mejor de sí mismo! Si somos capaces de vibrar de emoción con la *Nana de la cebolla*, de Miguel Hernández; si nos tiemblan las manos cuando paseamos los ojos por *La historia interminable*; si alzamos vigorosos la lanza de Alonso Quijano; si nos enternecen las aventuras del elefante Barbar; si alguna vez hemos soñado con emular a Jim Hawkins; si daríamos la mitad de nuestro reino por compartir amistosamente un paseo bucólico con la vaca Mo; si fuéramos capaces de reconocer que nos erotiza enamorarnos de Alicia; si una noche lejana temblamos bajo las mantas de nuestro lecho ante el recuerdo del Miserere; si las lágrimas surcaron nuestro rostro mientras acompañábamos a Anna Frank en su holocausto personal; si nuestra infancia «son recuerdos de un patio de Sevilla»; si anhelamos aprender *La lengua de las mariposas*; si las yemas de nuestros dedos todavía acarician con lujuria los lomos de nuestros libros, como queriendo adivinar qué prodigios esconden... si poseemos todos estos síntomas, significa que tenemos el más extraordinario de los dones: la capacidad de sembrar con magia la pasión por los libros. ■

*Kepa Osoro Iturbe es especialista en animación a la lectura y bibliotecas escolares.

Notas

1. Cervera, Juan, *Teoría de la Literatura Infantil*, Bilbao: Mensajero, 1990.